

Miguel de Cervantes Saavedra

Don Quijote de la Mancha, 1

Edición de Florencio Sevilla
Introducción de Antonio Rey



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1998
Tercera edición: 2014
Cuarta reimpresión: agosto 2025

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Juan Manuel Sanz

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la edición: Florencio Sevilla Arroyo
© de la introducción: Antonio Rey Hazas
© Centro de Estudios Cervantinos
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1998, 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-8953-1 (T. 1)
ISBN: 978-84-206-9340-8 (O. C.)
Depósito legal: M-15.926-2014
Composición: Grupo Anaya
Printed in Spain

Índice

- 9 Introducción
- 9 Biografía de Cervantes
- 13 La insólita obra cervantina
- 16 Lope de Vega y Cervantes en *El Quijote*
- 20 La gestación del *Quijote* de 1605
- 30 Madurez y seguridad: culminación del proceso que lleva a la novela moderna
- 43 Significado del *Quijote*: la poética de la libertad
- 65 Criterios de edición
- 68 Tabla de abreviaturas
- 71 Bibliografía

- 81 El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha
- 119 Primera parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha
- 211 Segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha
- 285 Tercera parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha
- 499 Cuarta parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha
- 861 Tabla

Introducción

Biografía de Cervantes

Miguel de Cervantes nació en Alcalá de Henares en 1547, probablemente el 29 de septiembre, día de San Miguel, a juzgar por lo único que sabemos con seguridad: que fue bautizado el día 9 de octubre de dicho año en la iglesia complutense de Santa María la Mayor. Su padre, Rodrigo de Cervantes, alcaláinó como él, aunque de ascendencia cordobesa, era lo que en la época se llamaba un «cirujano», esto es, un profesional de la medicina que sólo curaba heridas externas y ocupaba la más baja jerarquía de la profesión médica. Su madre, Leonor de Cortinas, pertenecía a una familia de labradores castellanos. Apenas tenemos información fiable sobre la infancia y adolescencia de Cervantes, que tuvo tres hermanas (Andrea, nacida en 1544; Luisa, en 1546; y Magdalena, en 1552) y un hermano (Rodrigo, que nació en 1550).

Cuando Cervantes era muy niño, la familia residió algunos años en Valladolid, donde nació Magdalena, y donde los problemas económicos llevaron al cirujano a la cárcel, a

consecuencia de lo cual, y para evitar que le encerraran en la sala común, sacó a relucir su ejecutoria de hidalguía, pues era privilegio de la nobleza ir a una celda distinta y destinada sólo a ella. Se ha dicho que Miguel estudió en Sevilla con los jesuitas, a raíz de la cita elogiosa que hace de ellos y de su enseñanza en *El coloquio de los perros*, pero lo más probable es que no fuera así. Sabemos, eso sí, que, ya en 1566, la familia se asentó en Madrid, y Cervantes estudió con Juan López de Hoyos en el Estudio de la Villa, una suerte de universidad menor. En todo caso, debió de hacerlo durante poco tiempo, porque en 1569 se encontraba en Italia, al servicio del futuro cardenal Julio Acquaviva, adonde se había trasladado para evitar, con toda seguridad, la persecución de la justicia madrileña, que buscaba a un tal Miguel de Cervantes por haber herido en duelo a Antonio de Segura.

En Italia estuvo unos cinco años, casi todos ellos como soldado, y participó heroicamente en la batalla de Lepanto (1571), donde luchó con valor y a petición propia, pues se hallaba enfermo el día del abordaje de los turcos: recibió tres arcabuzados en la lucha, dos en el pecho, de los que sanó, y uno en el brazo izquierdo, a consecuencia del cual perdió para siempre el movimiento de su mano, lo que no le impidió seguir en el ejército hasta el año 1575. Decidió entonces regresar a España, en compañía de su hermano Rodrigo, que había estado con él en la milicia, y con el objeto de que se le reconocieran sus méritos de soldado, muy posiblemente para solicitar el grado de capitán. Llevaba, a tal fin, sendos informes favorables de las dos máximas autoridades españolas en Italia: el duque de Sessa, virrey de Nápoles, y don Juan de Austria, general en jefe de los ejércitos hispanos. Sin embargo, y a la altura de las costas catalanas, frente a Cadaqués o Palamós, y no frente a las cotas francesas, como ha demostrado Avalle-Arce, fue apresado por galeras berberiscas.

Se inicia así el período más duro de su vida, pues durante cinco años largos sufrió el cautiverio argelino, que se prolongó tres años más que el de su hermano a causa de los susodichos informes, que hicieron pensar a los piratas argelinos que era un hombre de elevada posición, por lo que pidieron una gran cantidad de dinero por su rescate, 500 escudos de oro, para ser exactos, cantidad que la familia no pudo reunir jamás, a pesar de los ingentes esfuerzos que hizo por conseguirlo. Cervantes intentó fugarse cuatro veces, y fracasó en todas ellas, por diversas razones, aunque demostró siempre el temple de su valor y su amor a la libertad. A consecuencia de sus reiterados intentos de fuga, fue condenado a muerte, pero la condena no se cumplió, afortunadamente, bien por la simpatía que había originado su valor entre los berberiscos, o bien por otras razones, entre las que se ha sugerido, hace poco, el excesivo interés que tuvo por nuestro autor Hasán Bajá, gobernador de Argel, que pagó 500 escudos por él a su anterior dueño, y le perdonó la vida reiteradamente. Como este individuo era un conocido sodomita, se ha supuesto un deseo sexual en la raíz de su inusual comportamiento benévolos con Cervantes, ya que era tremadamente cruel, aunque no existe ninguna prueba que lo demuestre. Antes al contrario, pues todas las declaraciones de los que compartieron con él los presidios de Argel alaban su valentía y su comportamiento noble y digno; aparte de que, si hubiera existido la más mínima sospecha de homosexualidad en su vida, sus enemigos se lo habrían reprochado con insistencia, y no fue así, pues nunca Lope de Vega, con quien el novelista sostuvo una dura guerra literaria, realizó la más pequeña insinuación al respecto, lo que demuestra bien a las claras que no hubo tal. Sea como fuere, cuando ya Hasán Bajá se lo llevaba a Constantinopla, de donde no se regresaba nunca, en la misma galera, fue rescatado por fray Juan Gil, que aportó los 200 escudos que faltaban –la familia reu-

nió 300– del fondo común que los trinitarios tenían para el rescate de cautivos, lo que da una idea de su extraordinaria popularidad entre los cautivos de Argel.

De regreso en España, en 1580, intentó que se le reconocieran sus méritos militares, pero no lo consiguió, como tampoco un cargo en América, que asimismo había solicitado. Se dedicó entonces a escribir, acabó su primera novela y compuso unas veinte o treinta piezas teatrales, que se representaron en los corrales de comedias madrileños. Tuvo amores en Madrid con Ana Franco de Rojas, mujer casada de la que tuvo su única hija, Isabel de Saavedra, el mismo año de 1584 en que contraía matrimonio en Esquivias con otra mujer, con Catalina de Salazar y Palacios, de la que nunca tuvo descendencia. La literatura no le daba lo suficiente para vivir, por lo que «dejó la pluma y las comedias» a partir de 1587 para dedicarse a recabar trigo y aceite para la Armada Invencible, primero, hasta la derrota de ésta en 1588, para otros menesteres, después, y a recaudar impuestos atrasados en Andalucía, finalmente. No consiguió tampoco que sus nuevas actividades económicas fueran productivas, pues estaba muy poco dotado para la contabilidad, y se equivocaba a menudo en sus cuentas, casi siempre en contra de sus propios intereses, lo que pone en duda su hipotética ascendencia conversa. Sólo ganó alguna que otra estancia en la cárcel, excomuniones, disgustos, sinsabores y problemas sin fin, pero no dinero.

Otra vez fracasado, decidió abandonar las tierras andaluzas hacia 1600, y se estableció con su familia en Valladolid, corte a la sazón, hacia 1602-1603, donde la desafortunada muerte de un caballero navarro, Gaspar de Ezpeleta, a la puerta de su casa, y la averiguación judicial subsiguiente, descubrieron la mala fama que rodeaba a las mujeres de su familia, pues sus hermanas Andrea y Magdalena, ya viejas, habían tenido años antes y en varios casos cédulas de compromiso matrimonial de distintos caballeros, que habían

preferido pagar siempre una compensación monetaria y nunca cumplir su palabra de boda. A esa antigua mala fama se unían ahora los rumores de «non sanctas» que afeaban el comportamiento de su hija, Isabel, y de su sobrina, Constanza de Ovando, hija de Andrea, que recibían, al parecer, galanes en su casa, y no deseaban sus regalos. Las llamaban, por mal nombre, «las Cervantás», y sólo su mujer se libraba de tan negativa fama –aparte de su hermana Luisa, que era abadesa en un convento de Alcalá de Henares–. Todas esas miserias familiares salían a la luz, curiosamente, el mismo año de 1605 en que se publicaba *El Quijote*, cuyo inmenso éxito debió de compensar a nuestro novelista de tantas y tantas amarguras.

Después regresó a Madrid con su familia, de donde ya no se movió nunca, aunque estuvo a punto de irse a Nápoles con el conde de Lemos en 1610, y vivió en diferentes lugares de la capital, con las penalidades económicas y los sinsabores familiares que siempre le habían acompañado, acentuados por el distanciamiento cada vez mayor de su hija, pero también animado por el reconocimiento de los escritores y del público, que tanto le enorgullecía y le confortaba, dedicado a escribir la mayor parte de su obra, hasta que murió el 22 (aunque se celebra el 23) de abril de 1616, y fue enterrado pobemente, como había vivido, con el tosco hábito de la Orden Tercera de San Francisco, donde había profesado poco antes, muy cerca de su última casa madrileña, situada en la calle Francos esquina con la del León, en el convento de carmelitas de la calle de Cantarranas, hoy Lope de Vega.

La insólita obra cervantina

El más celebrado autor de nuestras letras fue un escritor peculiar, atípico, que escribió su obra en dos períodos dife-

rentes, acuciado siempre por la necesidad de buscar un medio estable de vida que no consiguió nunca. Comenzó a escribir mientras aún esperaba que le nombraran capitán, entre 1580 y 1587, y solicitaba un cargo administrativo en Las Indias o en la Corte, que le fue denegado en uno y otro lugar. Pergeñó entonces veinte o treinta comedias, de las que sólo conservamos dos, *La Numancia* y *Los tratos de Argel*, quizá una tercera, y varios títulos, que se representaron en los teatros de Madrid sin pena ni gloria, y publicó su primera novela, *La Galatea* (1585), que tampoco obtuvo el éxito esperado, aunque es una de las mejores novelas pastoriles de nuestra literatura, y constituye el más cualificado laboratorio de la obra cervantina, donde ensayó temas, recursos y procedimientos que habían de aflorar años después en sus mejores creaciones, sobre todo en la que ahora nos ocupa. Con todo, ni el teatro ni la novela le dieron las satisfacciones previstas, por lo que «dejó la pluma y las comedias» y buscó el sustento en actividades muy alejadas de la literatura. Su primera incursión en el mundo de las letras fue, por tanto, decepcionante, para sus expectativas, aunque demostró un talento indudable en ciernes. Pero sólo en ciernes, ya que si no hubiera escrito más, Cervantes sería hoy un autor secundario de nuestra historia literaria. Afortunadamente no fue así. Comenzó a recabar trigo y aceite y a recaudar impuestos impagados, pero pronto comprobó que no estaba dotado para esos menesteres, por lo que seguramente debió de volver a la escritura, aunque no sabemos a ciencia cierta en qué momento, pero es muy probable que fuera en una fecha temprana, hacia 1590-95. Bien es verdad que lo haría sin demasiadas esperanzas de conseguir el triunfo, mientras sumaba erróneamente números que no dominaba en sus libros de cuentas. Escribió, seguramente, alguna novela corta, y comenzó su inmortal novela, pero no publicó nada. Durante veinte años las prensas es-

pañolas no dieron a la luz ninguna otra obra de Cervantes. Hasta que en 1605 apareció *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha*, en la imprenta madrileña de Juan de la Cuesta, y Cervantes logró una celebridad literaria inmensa y rápida, quizás inesperada, dados sus reiterados fracasos, aunque largamente perseguida y añorada.

En cualquier caso, todo cambió a partir de 1605. Su excepcional talento literario encontró el reconocimiento de todos, el éxito le sonrió, por fin, aunque sólo fuera literariamente. Adquirió entonces la seguridad que antes le había faltado, y superó las dudas que muestra ese primer *Quijote*, genial hasta en sus vacilaciones compositivas. Así pues, afianzado por el éxito de la primera parte del *Quijote*, seguro de sí mismo, en plena madurez de su genio literario, Cervantes encontró la serenidad que necesitaba y se puso a la tarea de realizar su gran obra.

Ya era viejo, pues rondaba los 58 años, y el tiempo no le sobraba, pero, muy significativamente, no se apresuró a publicar, no se precipitó, sino que sereno y tranquilo, con la madurez y la seguridad de su triunfo, se dedicó a escribir en varios frentes a la vez, con una meta muy clara: con el objeto de llevar a cabo un plan general de remozamiento de la narrativa española, sin olvidarse del teatro. Lo lógico, lo natural, tras el éxito, hubiera sido el aluvión inmediato de publicaciones; pero no fue así, y durante otros ocho años estuvo sin publicar nada, mientras realizaba su plan de innovación y escribía, al mismo tiempo, la segunda parte del *Quijote*, las *Novelas Ejemplares*, casi todo su teatro, el *Per-siles*, el *Viaje del Parnaso* y otras obras que anuncia en su taller, y se han perdido, como *El famoso Bernardo* (probablemente una novela histórica sobre la figura de Bernardo del Carpio, ya que un poema épico parece inadmisible), las *Se-manas del jardín* (casi con seguridad una colección miscelánea, de novela, teatro y poesía, enmarcada) y una comedia

que había de llamarse *El engaño a los ojos*. Nada faltaba a la cita: todos los géneros y formas de la novela áurea quedaban renovados, al mismo tiempo que hacía una propuesta teatral diferente a la de Lope de Vega. De ahí la extraña cronología cervantina, pues, tras el éxito, todavía transcurrieron otros ocho años sin publicar; y luego, a continuación, una detrás de otra, en aluvión, cuando ya estaban perfiladas, a colmo, fueron saliendo sus obras de las prensas madileñas: las *Ejemplares* (1613), el *Parnaso* (1614), *El ingenioso caballero don Quijote de La Mancha* (1615), *Ocho comedias y ocho entremeses* (1615) y, ya póstumo, el año siguiente al de su muerte, en 1617, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*.

En cuatro o cinco años, pues, se publicaron doce novelas cortas, un largo poema alegórico y bibliográfico, ocho comedias, ocho entremeses, la segunda parte de su obra mítica y otra larga novela bizantina: la mayor y mejor parte de su creación, en fin. Lo más llamativo del caso es que apenas tuvo el tiempo justo para concluir sus escritos, e incluso puede que se dejara algunos en el telar, a causa de la proximidad de la muerte. Su obra final fue, por tanto, también una lucha con el tiempo y con la cercanía de la muerte, lo que nos permite suponer que si hubiera dispuesto de cinco o diez años más, si el éxito le hubiera llegado cinco a diez años antes, su sin igual obra literaria sería aún más portentosa.

Lope de Vega y Cervantes en *El Quijote*

Cervantes y Lope no se habían llevado siempre mal, antes al contrario, habían tenido buenas relaciones, hasta el punto de que nuestro autor había firmado como testigo en un reconocimiento de deuda a favor de Inés Osorio, la mujer del

conocido «autor» de comedias Jerónimo Velázquez, y madre, por tanto, de Elena Osorio; y lo había hecho en agosto de 1585, esto es, cuando Lope y Elena eran amantes apasionados. Por esas fechas eran, en efecto, camaradas en lides literarias, sobre todo poetas del nuevo romancero, junto con Liñán, Vargas Manrique y Vivar. Cervantes había elogiado a Lope en la *Galatea*, el mismo año de 1585. Éste, por su parte, había incluido a Cervantes entre los poetas esculpidos en el palacio de la poesía de *La Arcadia* (1598). Poco después hay que situar la ruptura, sin que conozcamos a ciencia cierta las causas que la ocasionaron ni la fecha exacta en que se produjo. En agosto de 1604, en cualquier caso, escribe Lope una carta en la que afirma que no hay ningún poeta «tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe a *Don Quijote*». La guerra está ya declarada.

De inmediato, Cervantes replica, y se burla en el prólogo de su primer *Quijote* (1605), sin mencionarlo expresamente, de Lope, pues ironiza sobre los escritores que anteponen a sus libros sonetos elogiosos «cuyos autores sean duques, marqueses, condes, obispos, damas, o poetas céleberrimos», aludiendo, probablemente, a *La hermosura de Angélica* (1602), al frente de la cual hay, entre otras, poesías laudatorias de un príncipe, un marqués, dos condes y dos damas. Asimismo, se ríe de quienes añaden al final de sus libros una lista de autores citados para simular jactanciosamente una erudición doctrinal que no tienen, como había hecho Lope en *El Isidro* (1599) y en *El peregrino en su patria* (1604). Y, sobre todo, lanza sus dardos satíricos contra la pedantería extremada del Fénix, a consecuencia de la «Exposición de los nombres poéticos y históricos contenidos en este libro» que acompaña a *La Arcadia* (1598), donde Lope había incluido, como nota exótica de cultura exquisita reservada sólo a los iniciados (pásmese el curioso lector), *el río Tajo*, diciendo: «Río de Lusitania,

nace en las sierras de Cuenca, y tuvo entre los antiguos fama de llevar, como Pactolo, arenas de oro...». No es raro que Cervantes dijera irónicamente, en el prólogo de su inmortal novela:

[...] para mostráros hombre erudito en letras humanas y cosmógrafo, haced de modo como en vuestra historia se nombre el río Tajo, y veréis luego con otra famosa anotación, poniendo: *El río Tajo fue así dicho por un rey de las Españas; tiene su nacimiento en tal lugar y muere en el mar océano, besando los muros de la famosa ciudad de Lisboa; y es opinión que tiene las arenas de oro, etc.*

Aunque Cervantes no mencionaba expresamente a nadie, Lope se sintió directamente atacado, como es natural, y contestó a través de Avellaneda, el autor de la segunda parte apócrifa del *Quijote* (1614), sin duda amigo del Fénix, que arremetió –Nicolás Marín sostuvo que fue el mismo Lope quien escribió estas palabras anticervantinas– en el prólogo duramente contra Cervantes, y le insultó, llamándole amargado, envidioso, viejo, manco, etc. Y todo en nombre de Lope, pues dice:

Si bien en los medios nos diferenciamos, pues él tomó por tales el ofender a mí, y particularmente a quien tan justamente celebran las naciones más extranjeras, y la nuestra debe tanto, por haber entretenido honestísima y fecundamente tantos años los teatros de España con estupendas e innumerables comedias, con el rigor del arte que pide el mundo, y con la seguridad y la limpieza que de un ministro del Santo Oficio se debe esperar.

Cervantes, como era previsible, contrarreplicó en el prólogo de su *Segunda parte del Quijote* (1615), con la fina ironía que le caracteriza:

[...] no tengo yo de perseguir a ningún sacerdote, y más si tiene por añadidura ser familiar del Santo Oficio; y si él lo dijo por quien parece que los dijo, engaño de todo en todo; que del tal adoro el ingenio, admiro las obras, y la ocupación continua y virtuosa.

La sutileza cervantina pone en solfa al Fénix, que, en efecto, era familiar de la Inquisición y acababa de ordenarse sacerdote en 1614, aunque su «ocupación» no había sido, era, ni había de ser casi nunca precisamente «virtuosa». Cervantes conocía muy bien las idas y venidas amorosas de Lope, dada su vecindad, y se burla así de las pretensiones éticas aducidas por Avellaneda, poco adecuadas a la conducta del enamoradizo dramaturgo y sacerdote, que a poco de su ordenamiento se enamoraba perdidamente de una joven casada, Marta Nevares.

Cervantes se ríe, ironiza, pero no agrede ni ataca con acritud. Su carácter se lo impide. Lope tampoco es excesivamente duro en la lucha, aunque se le atribuye algún soneto anónimo que tilda de cornudo a nuestro autor, sin que haya certeza. Lo cierto es que, en carta del 2 de marzo de 1612, relata un suceso acaecido en la Academia Selvaje, según el cual pidió a Cervantes sus gafas, a las que ridiculiza, y éste se las dejó, sin mayores problemas: «yo leí unos versos con unos antojos de Cervantes que parecían huevos estrellados mal hechos». De hecho, sólo se burla de los anteojos. No parece, pues, que entre ellos pudiera llegar la sangre al río. No eran Quevedo y Góngora, desde luego, ni por su agudeza ni por su agresividad. Simplemente, el uno había sido siempre vapuleado por la vida, era viejo y había fracasado en casi todo; el otro era joven, había triunfado, estaba mimado por Madrid, por el pueblo y por las mujeres. Era lógico que no se llevaran muy bien.

La gestación del *Quijote* de 1605

Al margen de sus relaciones con Lope, en cualquier caso, cuando nuestro novelista se disponía a escribir la primera parte de la que había de ser su obra inmortal, no se sentía un escritor muy seguro. Buena prueba de esa inseguridad ofrece el proceso creativo de *El ingenioso hidalgo*, palpable en sus frecuentes vacilaciones compositivas, en sus idas y venidas estructurales, o en sus errores y omisiones. No hay duda de que los primeros seis o siete capítulos de la inmortal novela, tal y como han llegado hasta nosotros, se basan en el modelo del anónimo *Entremés de los romances*, fechado hacia 1596 por Menéndez Pidal. Dicho entremés es el fundamento argumental de la primera salida de *Don Quijote*, que tiene la estructura de una novela corta evidente, escrita y concebida como tal, de un tirón, sin división de capítulos, pues parece obvio que Cervantes la dividió después, cuando se decidió a proseguir su novela y pergeñar el *Quijote* que conocemos, sin preocuparse además excesivamente por ello, cortando el texto por donde le pareció bien, hasta el punto de que, por ejemplo, el cap. III acaba diciendo: «le dejó ir a la buen hora», y el IV comienza expresando: «La del albaería». Más significativo todavía es el engarce entre los caps. V y VI, puesto que los editores ponen únicamente una coma entre el final de uno y el inicio del otro, a causa de que el V concluye con la siguiente frase: «con el cual se vino a casa de don Quijote», y el VI comienza así: «el cual aún todavía dormía». ¿Hacen falta más pruebas?

Si a esto unimos que relata la primera salida y el primer regreso a casa del hidalgo manchego, que el héroe hace solo su camino, sin la compañía de Sancho, y que, en consonancia con el hecho de que su locura se debe a la lectura de libros de caballerías, la hipotética novelita se cierra, en bue-

na lógica, con el conocido escrutinio de estos libros, y, posiblemente, según pensaba mi maestro, Juan Manuel Rozas, con la siguiente y sentenciosa frase, perfecto colofón de una verdadera novela ejemplar:

Aquella noche quemó y abrasó el ama cuantos libros había en el corral, y en toda la casa, y tales debieron de arder que merecían guardarse en perpetuos archivos; mas no lo permitió su suerte y la pereza del escrutiñador, y así, se cumplió el refrán en ellos de que pagan a las veces justos por pecadores (I-VII).

Si sumamos todos estos datos, en fin, no hay duda de que el *Quijote* se inició como una novelita corta. Hipótesis que se afirma cuando analizamos la configuración del personaje que la protagoniza, mero pelele risible, ajeno a su posterior dimensión trascendente; distinto, pues, del que se irá conformando a continuación. Y ello con independencia de que pudiera o no haber sido una novela corta real, que quizá llegara incluso a publicarse en 1604, aunque no conservemos ejemplar alguno de esa supuesta impresión. Y es que sí tenemos elementos suficientes como para suponer que pudo acaecer así, ya que, en una carta fechada en Toledo el 14 de agosto de 1604, dice Lope de Vega:

De poetas, no digo: buen siglo es éste. Muchos están en cierne para el año que viene, pero ninguno hay tan malo como Cervantes ni tan necio que alabe a *Don Quijote*.

Pero no sólo Lope conocía el supuesto *Quijote* de 1604, sino también Francisco López de Úbeda, el autor de *La pícara Justina*, obra publicada aceleradamente, en varias imprentas a la vez, según Bataillon, a finales de 1604, para coadyuvar al proceso de ennoblecimiento de Rodrigo Calderón, el futuro marqués de las Siete Iglesias y valido del

todo poderoso valido, el duque de Lerma, y en la cual figura como héroe indudablemente literario, y bien conocido, nuestro ingenioso hidalgo, pues la pícara dice así:

Soy la rein de Picardí-,
Más que la Rud conoci-,
Más famo que doña Oli-,
Que Don Quijo y Lazari-,
Que Alfarach y Celesti-.

La referencia de López de Úbeda tampoco parece dejar lugar a dudas, pues don Quijote aparece en ella junto a Lázaro de Tormes, Guzmán de Alfarache y Celestina, en calidad indiscutible, por consiguiente, de personaje literario ya famoso en 1604, lo que dificulta, a mi entender, la hipótesis de que pudiera tratarse de un manuscrito difundido, y avala más bien la probable existencia de un impreso por estas calendas. Edición perdida cuya existencia corroboró, al parecer, el descubrimiento que hizo Oliver Asín de un documento del «morisco Juan Pérez o Ibrahim Taibilí», en el que se relata un episodio acaecido el 24 de agosto de 1604 en la feria de Alcalá de Henares, donde se alude al *Quijote* como a un libro ya impreso. Todo esto explicaría perfectamente, por otra parte, y de ser cierto, la razón por la que en el privilegio y en la tasa del *Quijote de 1605*, fechados en septiembre y diciembre de 1604, se repite tres veces un título diferente al definitivo, no *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha*, con el que se publicó, sino *El ingenioso hidalgo de La Mancha*, posible denominación de la más que probable novela corta editada en 1604.

La enemiga de Lope de Vega y de López de Úbeda contra Cervantes, por otra parte, bien pudiera estar relacionada con el asunto de la novelita, ya que ambos, como es sabido, son ridiculizados por nuestro autor en el prólogo del primer

Quijote, ataque contra el que replica Avellaneda en el prólogo de su segunda parte apócrifa y en nombre de Lope de Vega, como hemos visto. Desde esta óptica, quizá tuviera sentido resucitar la vieja hipótesis de Millé, según la cual el *Entremés de los romances* pudo ser una sátira contra Lope de Vega, dado que su protagonista, Bartolo, loco por leer romances, se cree un héroe del Romancero, y, recién casado, abandona a su mujer y se empeña en ir a luchar contra el Draque, contra Inglaterra, al igual que Lope, en cierta manera «loco» por los romances, a través de los cuales nos relató su biografía amorosa, incluso con escándalo y proceso por libelos anejo, recién casado con Isabel de Urbina, abandona a su mujer y se embarca en la Armada que fue contra Inglaterra, en la Invencible. Si esto es así, y dado que el citado entremés es el modelo fundamental de la novela corta probablemente impresa en 1604, o de los primeros capítulos del *Quijote* que conocemos, en todo caso, la novelita, si se quiere, sería una ridiculización de Lope de Vega, una bárraca alusión a otra alusión dirigida contra el creador de la comedia nueva. La enemistad entre Lope y Cervantes, de este modo, estaría inmersa en la cuestión de la hipotética novela corta que pudo ser, en verdad, el primer *Quijote*.

Sea como fuere, hipótesis al margen, con independencia de que fuera un simple manuscrito difundido o de que llegara a imprimirse, lo cierto y lo que me interesa destacar es sobre todo que lo que llamo «la novelita» (esos primeros 6 o 7 capítulos de la obra) demuestra palpablemente cómo se fue gestando el *Quijote*, sin un plan previo, de manera espontánea e imprevista. La genialidad cervantina, a lo que creo, le hizo proseguir, en cualquier caso, un relato concebido de otra manera: buscó un compañero para el hidalgo loco, apareció Sancho Panza, y la novela comenzó a discurrir por cauces diferentes a los iniciales. Tal es el primer e inesperado cambio de plan. A partir de este momento, la

gran novela se hizo posible. El personaje fue, poco a poco, ganando en trascendencia y dejando de ser una mera marioneta de «titerero».

Tras los errores físicos iniciales, coherentes con el héroe de la hipotética novelita, como el de los molinos de viento confundidos con gigantes, el de los gallegos, o el de la nueva venta interpretada, una vez más, como castillo (I-XVI), etcétera, don Quijote deja de equivocar la realidad desde su locura caballeresca de una manera total, y la apariencia misma de los objetos empieza a ser confusa para cualquier observador, y no sólo para nuestro héroe: las cosas se difuminan, sus perfiles pierden nitidez, y el caballero, en buena lógica, se confunde; pero ya es otra la técnica novelesca de la obra y otro su retrato como personaje literario: el polvo que levantan los rebaños explica que los confunda con ejérцитos, las antorchas nocturnas dan un aspecto fantasmal al cuerpo muerto y a sus acompañantes, el ruido ensordecedor de los batanes hace explicable el miedo de nuestros héroes, el reflejo del sol tras la lluvia reciente hace que brille la bacía como si fuera el yelmo de Mambrino. No es raro, por tanto, que don Quijote, loco por leer libros caballerescos, se confunda, al fin, con tal falta de nitidez en los contornos.

Este proceso de dignificación del héroe se interrumpe a partir del cap. XXII, pero lo hace sólo temporalmente. El *Quijote de 1615* lo desarrollará hasta sus últimas consecuencias, haciendo que la realidad misma sea equívoca, y no los ojos del caballero. Volviendo a la interrupción del proceso, podemos notar que se debe al inicio de un nuevo sesgo en la novela: el episodio de los galeotes, en efecto, culmina todo el período que había arrancado en el cap. VII, tras el final de la «novelita»; y lo hace magistralmente, mediante un error *moral*, en el que don Quijote malinterpreta la realidad, una vez más, pero no por lo que ve, que sí lo capta, sino por lo que oye, ya que no entiende la jerga de

germanía en que hablan, y, sobre todo, porque no acepta que nadie tenga derecho a condenar a otros hombres.

Cervantes se dio cuenta de que el esquema narrativo que seguía desde la «novelita» se estaba agotando, a pesar del sesgo dignificador que acabamos de señalar, porque resultaba excesivamente mecánico y reiterativo en sus aventuras, demasiado semejantes unas a otras, todas moduladas siempre a partir de un error inicial de don Quijote, que originaba de continuo un enfrentamiento y acababa en un fracaso, habitualmente sancionado con golpes y palos; se dio cuenta, sin duda, de la monotonía que tal esquema comportaba, y decidió dar otro nuevo giro a su relato, porque era imprescindible hacerlo: nació así el conjunto más característico del *Quijote de 1605*, todo lo que sucede en torno a *la venta*, que discurre entre los caps. XXII y XLV, dos episodios, por cierto, el de los galeotes y el del juicio del yelmo/jaez, de estructura claramente entremesil, que marcan con precisión el nuevo período narrativo. Las modificaciones son, ahora, numerosas, puesto que don Quijote y Sancho ya no prosiguen su viaje, se quedan estáticos en Sierra Morena, donde han tenido que ocultarse a consecuencia de la liberación de los galeotes, y tal estatismo hace que exista un núcleo aglutinador espacial, antes inexistente, la venta de Juan Palomeque el Zurdo, centro genial del nuevo esquema constructivo, donde –otro cambio no menos radical– nuestros héroes ya no serán, a menudo, los personajes centrales, y otros ocuparán su lugar, dando entrada, de este modo, a un cúmulo de historias nuevas y seres diferentes.

Tal conciencia había alcanzado Cervantes de la monotonía que lastraba al período anterior, tan obvio le resultaba su mecanicismo excesivo, que sacó un episodio entero de éste, el de Marcela y Grisóstomo, con bastante probabilidad ubicado originalmente en Sierra Morena, y lo interpoló allí, entre los caps. XI y XIV, como prueba el hecho de que el